

Procedimientos controladores del discurso en *Mi vasallo más fiel* de Erma Cárdenas

Uno de los pensamientos más influyentes del siglo XX sobre la filosofía del lenguaje es el de Michel Foucault. En su obra *El orden del discurso* (1980), plantea que nuestras interacciones verbales (nuestros diálogos, nuestras cartas, nuestros productos comunicativos) están controlados de tal forma que no puede decirse cualquier cosa en cualquier momento. Es decir, hay temas, expresiones, ideas que con la etiqueta de "inapropiadas" son omitidas, calladas o ignoradas. En ocasiones, este mecanismo de control externo al cual denomina "lo prohibido", aflora de manera consciente. Es el área de la interdicción donde, expresamente, el niño no puede decir "malas palabras", el católico no puede tener "malos pensamientos", el adolescente no puede ejercer libremente su sexualidad u optar por adoptar un género distinto (el joven no puede ser "la" joven) y así podríamos multiplicar los ejemplos.

Un caso que tal vez venga a nuestra mente, dada su celebridad y proximidad, es el de la enorme curiosidad despertada entre un público potencial, al prohibirse a la comunidad católica de México asistir a las funciones cinematográficas de *El crimen del padre Amaro* (Carlos Carrera, 2002). El discurso del realizador Carlos Carrera se vio, así, acotado por una institución, a través de una prohibición explícita. El resultado fue, justamente, el contra-



Erma Cárdenas.

rio y esto habla de que, en realidad, son mucho más peligrosas las prohibiciones implícitas: las que no se dicen en voz alta, las asumidas, las naturalizadas dentro del imaginario colectivo. Esas prohibiciones ni siquiera son materia de discusión e, incluso, son invisibles entre los tópicos discursivos de una época y una sociedad dada. Los ejemplos podríamos multiplicarlos como las cuestiones vinculadas con la mujer y su papel como madre, incuestionable aún en la sociedad de fines del siglo XIX y cuyas reminiscencias todavía aparecen en el discurso contemporáneo, cuando con asombro se recibe la noticia de que alguna mujer, "bien casada", ha decidido no tener hijos, no por algún impedimento fisiológico, económico o social, sino por una determinación personal.

Este tipo de prohibiciones implícitas yacen en la tímida aparición numérica a fines de los años setenta, de las directoras cinematográficas en México, pese a que algunas pioneras habían demostrado que las ataduras del discurso no lo son para siempre. Esta ilustración la concretaremos con lo acontecido con el cine de acción, pues con excepción de Kathryn Bigelow, directora de *Point Break* (1991), *Strange Days* (1995) y *K-11: The Widowmaker* (2002), o Mimí Leder, realizadora de películas como *The Peacemaker* (1997) y *Deep Impact* (1998), las directoras que incursionan en este género son mínimas fuera de nuestro país e inexistentes en el cine mexicano. Las ideas sobre cómo determinados géneros (los melodramas, los dramas intimistas o psicológicos) se avienen más al "temperamento" femenino muestran cómo hacemos nuestro un discurso que, no por censurado expresamente, se despoja de una prohibición que le es inherente.

Si hablo de la prohibición discursiva es, precisamente, porque constituye uno de los ejes sobre los cuales descansa la primera

novela de Erma Cárdenas, *Mi vasallo más fiel*. A ese orden del discurso que impide o restringe la presencia de las escritoras en ciertos ámbitos y determinados géneros, Erma Cárdenas responde con una obra situada en el siglo XVI. Enclavar la trama en un contexto de tanta riqueza histórica, política, religiosa, lingüística y cultural, requiere mucho más de un par de visitas a una biblioteca o meros apuntes en algún archivo. Sobre todo por el cuidadoso entramado del texto, en el que se dan cita voces cultas como la del personaje principal (Pedro Moya de Contreras es doctor en teología y propicia el enmudecimiento de las mentes más doctas de su tiempo), voces híbridas (como la de Rafael Valle, quien, sin haber asistido a la escuela o haber tenido una educación formal, sabe leer y escribir debido a su niñez aislada, con la única convivencia del abuelo judío que se consume en deseos de venganza; o bien, como la de Pedro Ocharte, exquisito editor de origen francés y que durante su crudelísima tortura no articulaba correctamente ni el francés ni el español), voces populares como las del pueblo, voces de aliento afrocaribeño como la de la prostituta del burdel, voces oficiales como la del rey o el virrey, voces fieles a la época como la del escribano del Santo Oficio o las de las cédulas originales que describen qué hizo, cuándo, dónde y cómo cada inculpatado, cada alguacil, cada día en la vida del Inquisidor. Las ideas aceptadas y las censuradas, los pensamientos lujuriosos, mórbidos y pecadores junto con los puros y los místicos, se conjugan en este espacio narrativo donde los contrarios no se enfrentan, sino dialogan, se avienen, concuerdan y, en suma, ofrecen una mirada estereoscópica sobre una realidad pasada.

Mexicana de origen, Erma Cárdenas nació en Washington, EU, estudió en Canadá y en Francia, pero prácticamente toda su ca-

rrera profesional la ha desarrollado en la ciudad de México. Fuertemente ligada a los medios de comunicación, fue argumentista de telenovelas (como la célebre *La recogida*) y fotonovelas para la conocida revista *Capricho*, y traductora de las historietas de Novaro Editores (*Superman*, *Archi*, *Batman* y *Chiquilladas*, entre otras) y de *Time-Life*, pero también de las historias de los populares cuadernillos de historias de amor, *Jazmín*, *Blanca* y *Deseo*. Después de casi treinta años de estar involucrada en la administración educativa y la cultura popular, Erma decidió incursionar en la literatura y dio a conocer su primer libro de "cuentos sobre mujeres para hombres liberados", según la misma autora caracteriza a *El canto de la serpiente* (1997). Su difusión fue limitada y aunque tuvo una buena recepción, no tuvo una penetración real dentro del mercado editorial. Con *Mi vasallo más fiel* ha sucedido lo opuesto: editada en México por una de las casas más prestigiadas de España, ha aparejado el éxito de ventas con el de la crítica.

Presentar como marco de referencia a la sociedad de las últimas décadas del siglo XVI no implica que el lector tenga en *Mi vasallo más fiel* un libro de historia. Es evidente el enorme trabajo biblio y hemerográfico que respalda al texto. Leerlo es imaginarnos a Erma en museos, deteniéndose ante pinturas de la época, devorando los grabados y las viejas cédulas de los archivos. Todo este esfuerzo para que ante nuestros ojos pudiera desplegar con increíble vividez cómo se vivía en la capital novohispana, inspirarnos el mismo terror de los habitantes del virreinato hacia la remota posibilidad de ser acusados de cualquier tipo de herejía. Instrumentos de tortura, procedimientos inquisitoriales, ritos religiosos, cortejos amorosos, la contabilidad de la celebración del primer auto de fe, bebidas y alimentos son sólo parte de esa amplísima galería de

elementos que llevan al lector a viajar más de cuatro siglos atrás. Reitero, sin embargo, que en ningún momento se pierde de vista que, sin haber leído el indicio paratextual de la portada, es un texto de ficción el que nos ocupa y no uno histórico.

Hace más de treinta años, otro importante teórico del lenguaje, Mijail Bajtín, apuntó cómo la novela descubre con precisión el diálogo existente entre el destinador y el destinatario: entre el lector y el autor, entre los personajes que toman la palabra y quienes la reciben. Esta plurivocalidad, esta polifonía, acepta la idea de que cada discurso está impregnado de múltiples acentos. Los ecos del pasado resuenan en nuestras conversaciones de hoy; en nuestros intercambios verbales cotidianos hay siempre un encuentro con alguien que no es uno mismo. "Para Bajtín, todos los procesos interiores están marcados por el encuentro del yo con el otro. El suyo, es un concepto social del lenguaje y la cultura, altamente revalorado ante la inminencia, presencia quizás, de una cultura contemporánea basada en la soledad, el aislamiento, la individualidad." (Castro, 2000: 89)

En la novela de Erma Cárdenas, la polifonía se encuentra presente en la misma forma textual. A lo largo de casi todo el texto, los personajes (y sobre todo el Inquisidor) están dialogando consigo mismos. Recurriendo a las cursivas, el lector se encuentra con los hechos y los diálogos, por una parte, y los pensamientos, por la otra. La riqueza de este recurso radica en los múltiples sentidos que dispara la obra hacia el lector, cuando éste puede confrontar que lo visto y lo escuchado no coincide necesariamente con el bullir reflexivo del personaje. Por ejemplo, en el capítulo "Ego te absolvo", Pedro Moya llama a confesión a Ximena, la bellísima Marquesa de Falques, sobrina del virrey. El deseo carnal crece en él en forma



desmesurada: "Alzó el semblante y él, deslumbrado, admiró su albura de azucena. Por la rejilla distinguía los rizos cubriendo la frente. Nieve. Oro. Y azul, siempre aquel azul." (Cárdenas, 2002: 187). En esta cita identificamos un recurso retórico frecuente en *Mi vasallo más fiel*, con el cual apela a una estructura ficcional y no a una histórica. Nos referimos a la metáfora. A través de ella, Erma Cárdenas abre intersticios a la imaginación y permite que el lector configure espacios más amplios que los meramente citados en la obra. La blancura de la tez, el rubio de sus cabellos y el color de los ojos de Ximena se realzan en forma mucho más contundente mediante esa figura de pensamiento.

El Inquisidor "bebe su aliento", "traga veneno" cuando escucha los acercamientos carnales de la joven con su fallecido y consumido de sífilis esposo, suspira él mismo como el anciano marido lo hizo al evocar los baños de esponja de la joven. Mediante el procedimiento de la confrontación entre los acontecimientos y los pensamientos, el lector percibe cómo la imaginación de Moya suple la narración de Ximena, ayudado por el uso de las cursivas ya mencionado:

Visualizó ese jolgorio: las chanzas,
las carrerillas, los tropezones... *Ximena*
exponiendo su cuerpo a una mirada.

¿Cuánto tardaba el baño?

Al menos, una hora.

La espuma, los aceites, el cabello hasta las corvas, agua y carne, muslos... agua. (Cárdenas, 2002: 188)

Si tal recurso sirve para complementar lo narrado con lo imaginado, también es útil para revelar lo que ni siquiera el personaje se atreve a admitir. Así, cuando absuelve en el ejercicio de la confesión a Ximena, el Inquisidor dice:

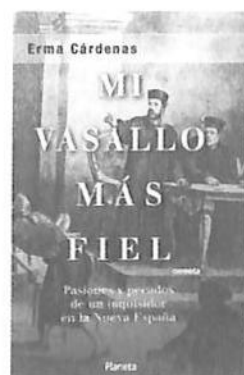
—Ego te absolvo —sus dedos trazaron la cruz, mientras inventaba letanías. *Vir-*

go venerabilis. Virgo innocentis. Virgo intacta. Virgen impoluta. Virgen amante. ¡Venus! Al terminar percibió que, como el marqués, también suspiraba.

(Cárdenas, 2002: 190)

Las letanías creadas registran el proceso de transformación de la mujer abstracta, encarnada por la Virgen María, a la mujer concreta, carnal, representada por la marquesa. El tránsito de "virgo venerabilis" a "Venus" muestran cómo la sexualidad se erige en el elemento diferenciador entre un tipo de mujer y otra. Su ejercicio llevará a Ximena al encuentro de un destino forzado por don Pedro de Moya. La Inquisición en México, se intuye a través de esta novela, persigue y condena a quien reivindica la conciencia del cuerpo y la sexualidad. Los pecados de herejía aparecen en el texto en la forma de la tortura a Pedro Ocharte, el ilustre impresor, fundador de la casa Juan Pablos; en las amenazas a sacerdotes violadores, acosadores de mujeres de todas las edades, adúlteros. Ellos son cambiados de parroquia, si acaso torturados, pero nunca condenados a muerte. Destierro, azotes, multas son las penitencias de los acusados de seguir a Lutero. Muchas de las penas eran conmutadas, a cambio de la confiscación de sus bienes. En cambio, el primer Inquisidor en la Nueva España inflingirá castigos oficialmente o fuera de la ley de la Iglesia a quienes lo inducen —voluntaria o involuntariamente— a pecar.

Don Pedro castiga en otros sus propios pecados, los cuales son, sobre todo, los vinculados a la lujuria y, por ende, los relacionados con los placeres corporales. Por ejemplo, cuando cita a su adolescente ayudante Lope, a medianoche, en la oscuridad de la iglesia del convento de Santo Domingo donde habitan, el pretexto son los azotes de la penitencia. Lo que sucede en su interior revela otras razones:



Sacó una disciplina del arcón, la misma que empleara durante la travesía. *Mi sangre seca y la tuya, fresca, se mezclarán.* Visualizó el torso. *¿sin vellos... suave?* Un ansia feroz se apoderó de su mente. *Tocaré tus llagas.* Presente y futuro fraguaban en una aspiración: *sorberé el suero que corra por tus muslos.* (Cárdenas, 2002: 62)

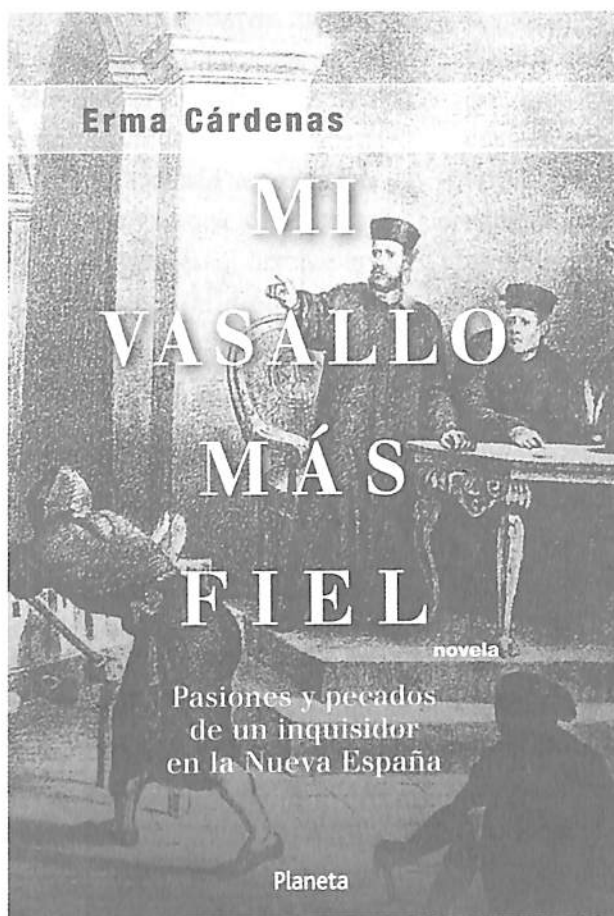
Vemos, pues, cómo este procedimiento, el diálogo entre el hecho y el pensamiento, también actúa para confrontar los actos de los personajes con su verdadero sentir. Propicia el dolor en Lope para asegurarse su propio placer.

A través de los ejemplos anteriores, hemos intentado ilustrar cómo este recurso le ofrece al lector una visión más compleja de la realidad configurada en *Mi vasallo más fiel*. No se trata solamente de entrar al pensamiento de los personajes (puesto que así como a Pedro Moya escuchamos también al virrey, a Rafael y a Lope, por mencionar a algunos), sino de ofrecer una poética, una comprensión de qué es la palabra literaria, gracias a la lectura de una obra narrativa. Es decir, hay una teoría de la literatura inmersa en un texto de ficción. En este caso, la voz autoral propone cómo el texto artístico es capaz de penetrar en los intersticios de la realidad imposibles para la mirada común. En la vida cotidiana es posible intuir el pensamiento ajeno. Aquí, en su novela, Erma Cárdenas ofrece a la comprensión del lector no una, sino varias voces; lo que se escucha y lo que se piensa; echa mano de recursos cinematográficos como los acercamientos, las tomas panorámicas, los movimientos de cámara, gracias a los cuales encuadramos cercana o lejanamente; sabemos igual, más o menos que los personajes, nos posicionamos para mirar desde ángulos diferentes. Esta variedad sólo es atribuible al arte y Erma lo recuerda en esa di-

versidad de procedimientos narrativos de los que hace gala.

Cerremos, entonces, el círculo iniciado al mencionar en el inicio de este texto una película mexicana contemporánea (*El crimen del padre Amaro*) y la tendencia a respetar ciertas convenciones genéricas. Lanzadas al mercado nacional casi simultáneamente, a mediados del 2002, el filme de Carlos Carrera y la novela de Erma Cárdenas han tenido un impacto mediático completamente distinto. Sobre el texto cinematográfico han pesado toda clase de restricciones externas, provenientes tanto de la Iglesia Católica como de asociaciones ciudadanas voceras del espectro ideológico que cubre la extrema derecha. El resultado ha sido el opuesto a lo esperado, pues el público acudió de manera masiva a las salas de exhibición. Sobre *Mi vasallo más fiel*, en cambio, no ha habido ninguna voz pública que intente restringir su circulación, a pesar de que la descripción y el punto de vista autoral sobre las contradicciones de la institución religiosa son mucho más incisivas que la obra basada en la novela de Eça de Queiroz. La mentira, la lujuria, la avaricia, la crueldad y la envidia son las emociones cotidianas que mueven las relaciones entre la Iglesia Católica y la sociedad. La literatura, por tanto, se conserva como el espacio en donde la historia y la realidad pueden ser cuestionadas sin ambages, dado el escepticismo de las instituciones sobre su penetración y su impacto en una nación de escasos lectores.

Deseo finalizar llamando la atención sobre el tratamiento del personaje protagónico, el cual revela ese nexo, en apariencia insoluble, entre la Iglesia Católica del siglo XVI y el poder de la monarquía. La voz autoral intenta permanecer al margen de verter cualquier juicio moral sobre el inquisidor, arzobispo y luego virrey Pedro Moya de Contreras. Se establece una lucha entre



Mi vasallo más fiel, Erma Cárdenas, México, Planeta, 2002, 386 pp.

su pasado y su presente. En aquél, como testigo de la mentira asesina de su padre, el odio mortal de su madre y, finalmente, del suicidio de su progenitor. En el presente de la novela, en sus esfuerzos denodados por ser justo y un amoroso defensor de la causa religiosa contra las pasiones sexuales y sensuales que lo rodean: su desfallecimiento por la exquisita bebida que prueba a su llegada a nuestras tierras: el chocolate o por los mamones, esas pastas perfumadas que se le derretían en la boca y que le confeccionaban las monjas. La espiritualidad y la terrenalidad de sus actos quedan inscritas en el título de la obra: la frase "Mi vasallo más fiel" alude al voto de servidumbre realizado tanto ante la Iglesia Católica como ante la corona española. A su muerte, el

mismísimo monarca español exclamará: "¡Hoy ha muerto en mi reino, a la verdad, mi mejor vasallo!" (Cárdenas, 2002: 381). Muere el protagonista, pero no su palabra. Rafael, el que tanto lo odia, la rescatará primero y su nieto, después. Erma Cárdenas, tal vez, sólo dejó que le tomaran la mano y siguió el dictado de esas voces que resuenan, gracias al poder de la literatura, más de cuatrocientos años después. **LC**

OBRAS CONSULTADAS

- Castro Ricalde, Maricruz (2000), *Ficción, narración y polifonía. El universo narrativo de Sergio Pitlor*, Toluca, UAEM.
- Foucault, Michel (1980), *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets Editores.